

- IGNACIO. Mira, Sandra, es que tengo que... *(Se aclara la voz)* Con...te una cos...lla.
- SANDRA. Que qué?
- IGNACIO. Que tengo que contarte una cosilla.
- SANDRA. Cuando dices cosilla, tiemblo. Tus diminutivos son siempre muy cabrones. *(Se quita el abrigo y lo deja junto al bolso en el sofá)*
- IGNACIO. No, qué va. Si es una tontería. Si te vas a reir. Rollos de críos.
- SANDRA. ¿Le ha pasado algo a Sergio?
- IGNACIO. No, no, Sergio está genial.
- SANDRA. ¿Dónde?
- IGNACIO. Con mi madre.
- SANDRA. ¿El fin de semana que te tocaba a ti con él vas tú y lo dejas con tu madre?
- IGNACIO. Sí, pero estando con mi madre es como si estuviera conmigo. Mi madre es más yo que yo mismo.
- SANDRA. No digas chorradas.
- IGNACIO. Sergio está con su abuela. Tranquilo, feliz y jugando con su Nintendo. Cuando está conmigo también juega con su Nintendo. A él, los adultos que estemos alrededor de la Nintendo le importamos un bledo. Podría haberle llevado con la Nintendo a casa de un vecino y no habría notado la diferencia.
- SANDRA. No es verdad. Nuestro hijo es un niño muy sensible... Lo que pasa es que la preadolescencia, pues...
- IGNACIO. De eso quería yo hablarte.
- SANDRA. ¿De la preadolescencia?
- IGNACIO. No, de la sensibilidad de tu hijo.
- SANDRA. Bien, ahora es mi hijo. Esto apunta a que lo que me vas a contar no va a gustarme nada... Venga, suéltalo ya.
- IGNACIO. Pues estábamos ayer Alicia y yo viendo con él una película y...
- SANDRA. ¿Alicia y tú?
- IGNACIO. Sí.
- SANDRA. ¿Así que te ha perdonado ya por lo del zoo?
- IGNACIO. Cuando le conté la verdad lo entendió perfectamente. Ella no es rencorosa.

- SANDRA. ¿Quieres decir que yo sí lo soy?
- IGNACIO. He dicho “no es rencorosa”. *Ella* no es rencorosa. Ella no es. Ella. Ella. ¡Ella!
- SANDRA. No te alteres.
- IGNACIO. Pues no me interrumpas.
- SANDRA. Entonces estabais viendo una película.
- IGNACIO. Sí. Una de dibujos.
- SANDRA. ¿Cuál?
- IGNACIO. No sé. Una. A mí me parecen todas iguales.
- SANDRA. No son todas iguales.
- IGNACIO. Ya estamos otra vez. ¿Me quieres dejar que continúe?
- SANDRA. ¿Salían peces, robots, muñecos, princesas, monstruos, dragones...?
- IGNACIO. De todo, Sandra, salía de todo. (*Se levanta nervioso*). Era una película de dibujos sobre cosas que hablaban. Cosas y animales con nombre propio, como tu lámpara. Es más, creo que tu lámpara salía también. No sé, todo muy absurdo, qué quieres que te diga... Pero el caso es que cuando ha terminado la película, Alicia ha dicho que le ha parecido un poco floja.
- SANDRA. Entonces sería estupenda. Una tía que compra ese pisapapeles no puede tener buen gusto. Eso está claro.
- IGNACIO. Tu hijo ha contestado que a él le gustaba mucho. Y Alicia ha respondido que lo entendía, pero que aún así, le parecía muy floja.
- SANDRA. Sigue.
- IGNACIO. Te estás poniendo tensa.
- SANDRA. ¡Sigue!
- IGNACIO. ¿No quieres un whisky? Así, cargadito, como el de la otra vez...
- SANDRA. ¡¡¡Que sigas!!!
- IGNACIO. Pues el caso es que tu hijo no ha encajado demasiado bien lo de que la película era floja y ha empezado a llamar *tonta* a Alicia.
- SANDRA. En los preadolescentes es normal. Les cuesta aceptar un juicio negativo.
- IGNACIO. No fue eso lo que pensaste cuando llamó *puta* a su profesora a principio de curso.

- SANDRA. Es que no llamó *puta* a su profesora. Lo dijo en general, sin dirigirlo a nadie. A ti te pareció de lo más natural.
- IGNACIO. Yo le he pedido que se callara y que le pidiera perdón a Alicia. Pero él, en vez de eso, bueno... Pues la ha mirado fijamente y le ha repetido su insulto favorito... Unas veinte veces. No te imaginas lo rápido que puede decir tu hijo la palabra *puta*...
- SANDRA. Vale, hablaré con él. *(Le cuesta disimular lo que disfruta con la anécdota. Hace ademán de marcharse)* Aunque tiene su gracia...
- IGNACIO. Sí, eso también. Pero es que luego...
- SANDRA. ¿Hay más?
- IGNACIO. Sí.
- SANDRA. Di...
- IGNACIO. Tú imagínate, ¿vale? Tu hijo gritándole a Alicia y... Mira, mejor te lo voy a hacer para que lo entiendas...
- SANDRA. No es necesario, Nacho, no creo que...
- IGNACIO. Yo soy él, ¿vale? Tú eres Alicia. *(Ignacio la sienta y le coge de nuevo el abrigo y el bolso)*
- SANDRA. Y una mierda. Yo no soy Alicia.
- IGNACIO. Que es un supuesto, anda... Mira, él se ha puesto aquí, a su lado, y ha empezado así: Puta, puta, puta, puta, puta, puta, puta, puta... Sin respirar, y cada vez más alto... PUTA, PUTA, PUTA, PUTA, PUTA
- SANDRA. *(Apartándolo de un golpe)* ¡Que sí! Que ya lo pillo.
- IGNACIO. Pues eso es lo que ha pasado.
- SANDRA. ¿Eso?
- IGNACIO. ¿Te has fijado en tu reacción, verdad? No podías más y me has dado un manotazo, ¿no?
- SANDRA. ¿No irás a decirme que...
- IGNACIO. Pues Alicia, que adora a tu hijo, porque adora a tu hijo, vamos que se lo comería entero si la dejaran de lo que lo adora, le ha pasado lo mismo, ha perdido los nervios.
- SANDRA. No se te ocurra. No se te ocurra decirme que esa tía ha...
- IGNACIO. Y como tu hijo estaba tan cerca de ella, y no se callaba, pues ella, al apartarlo, en vez de un manotazo en el hombro, como que se lo ha dado en la cara.

- SANDRA. ¿¿¿Qué???
- IGNACIO. Pero así, muy suave. De refilón. Que es que él ni lo ha notado. Luego te lo exagerará, claro, porque a mi madre le ha contado una película... Pero no ha sido nada. Solo un malentendido.
- SANDRA. ¿Esa individua le ha dado una bofetada A MI HIJO?
- IGNACIO. No, lo ha apartado y la mano ha chocado accidentalmente con una de las mejillas de Sergio. Tu hijo tiene la cara muy redonda, eso lo sabes. Es difícil no acertar.
- SANDRA. Esta se va a enterar.
- IGNACIO. Sandra, por favor, no lo saques de quicio.
- SANDRA. Quiero hablar con ella.
- IGNACIO. No.
- SANDRA. Tengo su e-mail.
- IGNACIO. Ni se te ocurra escribirle.
- SANDRA. Pienso hacerlo.
- IGNACIO. Joder, Sandra, no me parece que sea tan grave. Lo que hay que hacer es hablar con tu hijo. No puede ir llamando *puta* a todo el mundo.
- SANDRA. Vaya, eso creo haberlo dicho yo unos meses atrás...
- IGNACIO. Bueno, pues sí, tenías razón. Pero no vamos ahora a caer en un revanchismo infantil, ¿no te parece?
- SANDRA. ¿Revanchismo? ¿Infantil? No, para nada. Pienso reaccionar de forma madura y elegante. *(Coge el pisapapeles, lo destroza y lo tira al suelo, rompiéndolo en pedazos. Le da los restos)*. ¿Ves? Y ahora, con tu permiso, me voy a ausentar con la misma elegancia para escribirle a Alicia y explicarle que la próxima vez que le ponga la mano encima a mi hijo la que va a chocar su puño contra su cara voy a ser yo. Así que tú tranquilo, que a mí, a racional y serena, no me gana nadie. *(Se marcha)*